

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Introducción	9
A ORILLAS DEL MANZANARES.....	11
CON EL BOTIJO A CUESTAS	27
UNA MAÑANA EN LA CEBÁ.....	37
UN PUÑADO DE CASTAÑAS	51
LA ESCLAVITUD DE LA AGUJA	65
REVUELTA EN EMBAJADORES.....	79
CONFESIONES AL TELÉFONO.....	95
LA VIDA TRAS EL CRISTAL.....	113
Epílogo.....	127
Agradecimientos	129
Bibliografía.....	131

INTRODUCCIÓN

Nunca he sido buena sacando parecidos. Ni siquiera los más evidentes. La prueba irrefutable del que yo guardo con mi madre es una foto de ella en la que no tendrá más de catorce o quince años. Ver ese retrato es verme a mí con su misma edad.

Supongo que, a veces, es más fácil reconocerse en lo que fuimos que en lo que somos. Dice la escritora María Sánchez que hoy «ya no guardamos fotografías en álbumes ni en antiguas cajas de galletas que primero fueron costureros»¹. Mi familia es, en ese sentido, una bonita excepción.

En casa de mis padres, las fotos están acotadas por la letra de mi madre. Desde hace unos años, los paréntesis al pie o en el reverso se han vuelto más extensos. Más descriptivos. A la fecha y al lugar en el que fueron tomadas ahora se suman los nombres y el parentesco de quienes aparecen en ellas. Una genealogía resumida en notas al margen. Entiendo que es una forma, quizá instintiva, quizá consciente, de proteger sus recuerdos, que también son los míos.

Me pesa la idea de no tener respuesta para las preguntas sobre mi pasado. De quedarme paralizada al comprender que quienes podrían contestarlas ya no están. He tenido que vivir casi treinta años en la ciudad en la que nací para asumir que, prácticamente, no sé nada de las mujeres que la habitaron antes que yo. Por eso empecé a escribir este libro.

Quiero pensar que no fue el azar quien me presentó a Rebecca Solnit con su ensayo *Una guía sobre el arte de perderse*² mientras escribía. Cuenta esta histo-

1 Sánchez, María: *Tierra de mujeres*. Seix Barral, 2019.

2 Solnit, Rebecca: *Una guía sobre el arte de perderse*. Capitán Swing, 2020.

riadora que, a menudo, le asalta la sensación de que muchos relatos suprimen determinadas fuentes que provengan de según qué cauces y qué encuentros, «omitiendo el hecho de que la historia está formada más por cruces, ramificaciones y jarales que por caminos rectos. A estas otras fuentes yo las llamo las abuelas».

Muchas de las mujeres que protagonizan este libro llevan las fotos de sus nietos en la cartera. Cuando empecé a buscar documentación sobre los oficios que habían desempeñado, ya desaparecidos o al borde de la extinción, supe que tenían que ser ellas y sus familias quienes contaran su historia. De poco servía que yo me limitase a arrojar un puñado de datos, fechas y entrecomillados recabados durante meses en las hemerotecas si no era capaz de recoger también sus voces. Por eso he intentado hacerme a un lado y cederles la palabra. Porque, sin sus testimonios, el proyecto quedaría cojo, inconcluso. Esto explica la ausencia de los gremios que se han quedado fuera de estas páginas. Si no figuran es porque, ante la imposibilidad de localizar casos reales, no he querido que la imaginación supla a la realidad.

Con una generosidad que aún no sé cómo agradecer, las mujeres que desfilan por estos capítulos, sus hijas y sus nietas han compartido conmigo algo más que recuerdos. Con sus vidas anónimas, esas que a menudo la historia silencia, han restituido el masculino genérico del narrador por el femenino plural. En más de una ocasión, me han asegurado haberse reencontrado gracias a este libro con una parte de su pasado que permanecía en penumbra, adormecida. Que se han sorprendido a sí mismas respondiendo a preguntas que, hasta ahora, permanecían sin formular. Sólo por eso, escribirlo habrá valido la pena.

A ORILLAS DEL MANZANARES

La semana ya pesa en los riñones de Julia Fernández. Esta mañana, las manchas de grasa se antojan especialmente difíciles de quitar de los trajes de mecánico que restriega en su banca. Y el crujido de sus rodillas le recuerda que los dolores son una parte más de su anatomía. Julia tiene dos hijos consigo y otros doce en el cementerio, unos ataques de reuma que se recrudecen con cada cambio de estación y unas manos torcidas como sarmientos que han salido fotografiadas más de una vez en los periódicos³.

El primer día que bajó al Manzanares tenía doce años. Con ella iba su madre. Hoy el calendario se detiene en el mes de mayo de 1933 y ella suma setenta y cuatro primaveras. Suele decir que para lavar la ropa hay que mover la cadera más que una bailarina. «Lo que habrá bailado esta camisa», comenta una de sus compañeras con los pies hundidos en el agua. También dice que este oficio suyo «no lo resiste ni un pez», y cuenta al periodista del diario *Luz* con el que charla animadamente en la orilla que, hace ya tiempo, entregó en el Ministerio una instancia pidiendo la Medalla del Trabajo. «Yo viviré ya poco, pero sería un orgullo para mí dejarles a mis hijos ese recuerdo», confiesa al redactor. «Así no olvidarían nunca lo trabajadora que ha sido su madre».

Julia no sabe que esa medalla de la que habla fue suprimida hace varios años, pero el periodista, lejos de reprochárselo, vuelve a la redacción convencido de que su constancia bien merece, en efecto, un reconocimiento. «Si hay manera de otorgarle alguno, queda solicitado», teclea en su máquina de escribir.

³ *Luz*. 9/5/1933, p. 8. BNE.



Lavanderas del río Manzanares, 1915.
Baldomer Gili Roig. Museo de Arte
Jaume Morera (Llegat Dolors Moros).

Las mujeres que, como Julia, pueblan los márgenes del Manzanares tienen por bandera las sábanas blancas que frotan con ahínco. Por himno, los cantos que entonan de manera casi instintiva, como quien recita una letanía mientras repasa con los dedos las cuentas del rosario. Su rutina transcurre con las piernas plegadas y la espalda encorvada. Y sus manos agrietadas refieren mayor número de memorias y vivencias que el más prolífico de los biógrafos. Son la mejor semblanza de lo

que supone romper el hielo con las palas las mañanas de enero. De tener que vérselas a diario con el jabón, la lejía y la sosa cáustica en la que sumergen las prendas antes del lavado. O de estrujarlas con nervio cuando llega el momento del aclarado.

Son las manos de Lorenza⁴, que presume de una clientela en la que llegan a figurar catorce casas, un colegio y hasta un convento de frailes. También las de Leonor, cuyo aspecto describe su hijo, el escritor Arturo Barea, en el primer volumen de su autobiografía *La forja de un rebelde*⁵: «Mi madre tiene las manos muy pequeñas; y como toda la mañana desde que salió el sol ha estado lavando, los dedos se le han quedado arrugaditos como la piel de las viejas, con las uñas muy brillantes. Algunas veces las yemas se le llenan de las picaduras de la lejía que quema. En el invierno se le cortan las manos, porque cuando las tiene mojadas y las saca al aire, se hiela el agua y se llenan de cristalitos. Le salta la sangre como si la hubiera arañado el gato. Entonces se da glicerina en ellas y se curan en seguida».

⁴ *La Voz*. 28/8/1920, p. 4. BNE.

⁵ Barea, Arturo: *La forja de un rebelde*. Debolsillo, 2014.

Teresa Gómez habla de las manos de su bisabuela de forma parecida. Los recuerdos atesorados en la memoria de su madre y de su tía, lijados y desbrozados en las reuniones familiares, constituyen la forma de construir su propio relato; la manera de dibujar, a mano alzada, la invisible línea de puntos que conecta las cuatro generaciones de mujeres de su familia. Quienes mejor la conocieron recuerdan de su bisabuela Teresa Fernández su carácter gruñón, su moño prieto y su costumbre de vestir de negro. También el empeño con el que siempre trabajó para sacar adelante a los suyos antes, durante y después de la Guerra Civil.

«Mis bisabuelos vivían en Puerta del Ángel y tenían un lavadero en el Manzanares, a la altura del Puente de Segovia —relata hoy Teresa al otro lado del teléfono—. El de lavandera era un oficio durísimo, porque en Madrid caían unas heladas y nevadas de campeonato. Por culpa del frío, les salían sabañones en los dedos de las manos. Años más tarde, después de que estallase la guerra, mi bisabuela cambió de oficio y trabajó de costurera para los militares».

En ese Madrid de gélidos amaneceres y mañanas de escarcha, muchas lavanderas trabajan de lunes a sábado, reservando el primer día para la recogida de prendas y el último para la entrega. Sus ingresos nunca son fijos, ni siquiera los de aquellas que sirven en las casas más acomodadas. Hacia 1930⁶ pueden cobrar, de media, veinte céntimos por la limpieza de cada sábana que cae en su cesto, quince por cada camisa y hasta diez por un par de calcetines. Las mejor posicionadas cuentan con una o varias ayudantas que se encargan del lavado. Junto a ellas, las *talagueras*⁷ constituyen un modesto subgremio, cargando sobre sus torcidas espaldas los sacos de ropa que, una vez limpia y secada al sol, retornan a manos de sus dueños.

Otras lavanderas lidian en solitario con toda la faena, haciéndose cargo del pago del cajón en el que lavan y del tendedero, así como del jabón y la lejía. Entre las más humildes es frecuente el aprovechamiento del *recuelo*⁸, que es como llaman a la disolución de potasa donde lavan sus propias prendas, después de haber sido ya usada en el lavado de las de sus clientes.

6 *El Liberal*. 9/8/1929, p. 2. BNE.

7 Río, Ángel del: *Madrileñas de armas tomar*. La Librería, 2005.

8 *Heraldo de Madrid*. 23/5/191, p. 1. BNE.

Hay también mujeres que bajan a lavar de manera esporádica. Son conocidas como *golondrinas*⁹ por sólo acudir en determinadas épocas del año. Entre ellas figuran familias modestas que aprovechan una tarde en el merendero para ahorrarse, ya de regreso, algunas monedas. Generalmente empleadas en viviendas distinguidas, las *golondrinas* escogen las horas más discretas de los domingos, cuando los cajones de sus compañeras se encuentran vacíos. «Chica, ya bajan las aves», dice Colasa a Manuela en unos versos con firma de Francisco Robello¹⁰. «Como estamos en verano, salen de sus huroneras. No vendrán el mes de enero con frío, escarchas y nieblas». Mientras, otra grita: «El tendedero y la banca que ocupa *usté* sepa, prenda, que a mi *toditito* el año me cuesta *güenas* pesetas, con que si quiere lavar, a otra parte con la fiesta».

Pero el Manzanares no entiende de distinciones. En sus aguas lo mismo se lavan blusas de seda y pañuelos de hilo que camisas que subsisten a base de remiendos. Pese a la escasez de su caudal, objeto de las burlas de Luis de Góngora y de las mofas de Francisco de Quevedo, los días de crecida engulle por igual prendas de unas lavanderas y otras. Expuestas a perder su clientela, deben reponer de su bolsillo el valor de las ropas que les son arrebatadas por la corriente y por los rateros. Los hurtos de cacos y pilluelos no son el mayor de sus problemas. A veces el mismo río en el que se ganan la vida también se la quita. En los peores inviernos, más de una lavandera fallece por culpa de las bajas temperaturas¹¹. Con el cuerpo entumecido y el semblante rígido, la orilla es lo último que ven sus ojos antes de desvanecerse. La humedad es también su compañera. Además de la propensión a contraer enfermedades reumáticas, epidemias como la del cólera hacen especial mella en ellas.

Madrid no vive de espaldas a este microcosmos. Son ya muchas mañanas siendo testigo de estas y otras escenas. Algunas son igualmente trágicas, como las que desencadenan las tormentas que arrasan a su paso con tablones, tendederos y ropas, dejando cuantiosos destrozos y un rastro de lamentos. En épocas de crecida, la desgracia se ensaña especialmente con aquellas lavanderas que se ven sorprendidas por la corriente, que a su paso deja también más de un deceso¹².

9 Fernández Quintanilla, Paloma: *Mujeres de Madrid*. El Avapiés, 1984.

10 *La Risa*. 24/8/1843, p. 2. BNE.

11 *El Clamor Público*. 18/12/1846, p. 4. BNE.

12 *La España*. 9/9/1860, p. 4. BNE.

Trabajar bajo techado tampoco es necesariamente una garantía. Lo acreditan sucesos como el que acontece en mayo de 1886 en el Lavadero Imperial, situado en el paseo que lleva el mismo nombre. Allí faenan unas doscientas personas. A última hora de la tarde, cuando muchas operarias se disponen a colgar las ropas, mientras el encargado recauda el alquiler de las pilas y los mozos de cuerda preparan sus sacos para llevarlos a Madrid, un viento huracanado irrumpe en el lavadero. Sólo una de las tres naves de las que consta logra quedar en pie. Más de una quincena de muertos, entre los que figuran dos niños, y cerca de una veintena de heridos son las dramáticas cifras que arroja este episodio. «¡Pobres chiquillos!», escribe en su crónica *El Imparcial*¹³, en alusión a los huérfanos que deja la tragedia. «Medio desnudos andarán por las calles pidiendo limosna, irán a mendigar las sobras del rancho a la puerta del cuartel; y cuando crezcan el sexo dividirá a la turba de pilluelos: los hombres irán al matadero o a los mercados o a la cárcel. Las mujeres, acaso al lupanar».

«En las sociedades primitivas, jamás un tal dilema de muerte —la muerte por hambre o la muerte en el trabajo— se ha establecido en el centro del hombre», escribe años después el periodista Julio Camba en *El País*¹⁴, tras saber que, con el susto de otro derrumbe aún en el cuerpo, varias lavanderas han pedido al gobernador reincorporarse al trabajo sin demora para poder subsistir.

La crudeza de estos sucesos contrasta con las alegres jornadas de baño que el Manzanares brinda en los meses de estío. Entre zambullida y zambullida, amores de una sola tarde nacen a la sombra de humildes casitas de este-



Lavaderos del río Manzanares (Madrid), ca. 1915. Baldomer Gili Roig. Museo de Arte Jaume Morera (Llegat Dolors Moros).

¹³ *El Imparcial*. 17/5/1886, p. 1. BNE.

¹⁴ *El País*. 26/7/1905, pp. 1 y 2. BNE.